

ALBERTO DEL SOLAR

CUESTIÓN FILOLÓGICA

SUERTE DE LA LENGUA

CASTELLANA

EN AMÉRICA



BUENOS AIRES .

*FÉLIX LAJOUANE, Editor*

MDCCCLXXXIX

A los viejos y queridos  
amigos Juan J. García  
Vellós, hace este último  
ejemplar de un folleto  
totalmente agotado

Se agota

El Autor

9 de Agosto 1907

# CUESTIÓN FILOLÓGICA



DONACION  
DE  
E. GARCIA VELLOSO

ALBERTO DEL SOLAR

---

# CUESTIÓN FILOLÓGICA

SUERTE DE LA LENGUA

CASTELLANA

EN AMÉRICA



BUENOS AIRES

---

*FELIX LAJOUANE, Editor*

---

MDCCCLXXXIX



## A JUAN CANCIQ.

---

### *Mi estimado adversario :*

Déjeme Vd. dedicarle amistosamente este trabajo, sin que ello signifique provocación por mi parte á volver sobre nuestra polémica.

Como quiera que Vd. insinuase en alguna de sus interesantes cartas la conveniencia de discutir el tema: *¿Habrá con el tiempo un nuevo idioma en la América latina?* propúseme yo, como también lo expresé á Vd. en la primera de mis contestaciones, «ordenar un tanto mis ideas, refrescar el recuerdo de mis lecturas sobre la materia, revolver algunos libros y ver, por fin, de componer algo que «hasta valiera la pena de publicarse en un folleto;» para no continuar, por mi parte, abusando de los lectores de *La Nación*.

~~Ése~~ algo hélo aquí.

Creo entonces, como lo creo ahora, mi estimado amigo, que en el asunto que motivó nuestra polémica hay margen para un estudio serio y útil y que, en consecuencia, no es el sistema de cartas diarias el más apropiado para llevar á cabo con fruto y provecho la tarea. La fiebre de la im-

provisación cotidiana; la falta de espacio y de tiempo de que en tales casos se dispone para ordenar, meditar y fijar las ideas; reunir los datos necesarios y formar juicio sobre el punto que se estudia, son serios inconvenientes para ello.

Lo que ahora le ofrezco está muy distante de ser lo que el asunto merece. Pero, á fin de no dejar pasar la oportunidad del tema, he querido, por esta vez, limitarme, como lo verá Vd., á una mera disertación filológica sobre la suerte que, á mi juicio, aguardará á nuestra lengua castellana en América, si no acudimos á poner remedio al mal que ya la aqueja. He basado, con tal motivo, mi argumentación en hechos y ejemplos arrancados á la Historia y cuya mayor ó menor importancia apreciará Vd.

En todo caso, lea Vd. este librejo (que, se lo repito, no tiene para mí otro carácter que el de una simple charla íntima sobre cosas que á Vd. y á mi tanto interesan,) como una obra de convicción, ya que no de ciencia, y reciba su dedicatoria en prenda de simpatía y confraternidad literaria.

Lo saluda su amigo.

EL AUTOR.

# SUERTE

DE LA

## LENGUA CASTELLANA EN AMÉRICA

---

Cuando el Supremo Hacedor de todas las cosas sacó del Cáoos un Universo, la Tierra, mínima fracción de lo infinito, no existía aún.

Los primeros períodos se sucedieron, el mundo fué creado y las edades geológicas determinaron sobre su superficie la transformación lenta de la materia y la progresión ascendente de la vida en todas sus manifestaciones, hasta que, por fin, en la época cuaternaria, según la ciencia; en el sexto Día del Génesis, según las Escrituras, como sol que

nace tras de prolongada aurora, apareció sobre nuestro planeta, rompiendo definitivamente las tinieblas que habían envuelto á la obra inmensa de la Creación, el Hombre, rey de la animalidad viviente. Y el hombre, sér superior, se distinguió de los demás seres por su inteligencia racional y por la más manifiesta de las señales de su superioridad: por el dón sublime de la palabra.

La palabra «primera obra de arte ejecutada por el espíritu humano, más antigua que todo documento literario—exclama Max Müller en un arranque admirable de fé y de adoración—la palabra, anterior aún á los primeros murmullos de la tradición, que forma una cadena no interrumpida desde los albores de la historia hasta nuestros días, está probando que son vanos todos los sistemas que quieren atribuir al hombre un origen idéntico al del animal».

¡Lejos de nosotros, pues, la desconsoladora teoría que no vé otra diferencia entre el lenguaje humano y los gritos de los animales salvajes que un mero perfeccionamiento; inmenso, si se quiere, pero no por eso menos material y despojado de toda creación radicalmente distinta!

Sostengan, en hora mala, los materialistas que todo lo localizan que los órganos de la fonación se diferencian apenas en el hombre y en el animal, y que

sólo en virtud de un desarrollo, común á toda su naturaleza, llegó aquél un día á articular sonidos que determinaron más tarde voces, giros y frases; sosténgalo, si eso les place; que en cuanto á nosotros, los que atribuimos al hombre un origen más preclaro, nos inclinamos agradecidos ante la infinita sabiduría del Ser Omnipotente que así nos dotó de una alma inmortal, como de la palabra, medio único de comunicarnos fielmente con nuestros semejantes.

¿Dónde nació el primer idioma? ¿Cómo hablaron los hombres primitivos en la temprana edad de su existencia?

¡Misterio, arcano impenetrable, que los estudios más profundos de la ciencia no han podido aún esclarecer!

Pero desde el período de las lenguas llamado *remático*, cuando las palabras, en raíz, se limitaban á meros términos utilitarios que indicaban al hombre los objetos de que había menester para las necesidades primordiales de una existencia esencialmente rústica, nómade y sencilla, hasta la edad presente, con nuestras maravillosas lenguas indo-europeas de flexión; organizadas según leyes y principios fundamentales; regidas por reglas sabias é invariables; con todo un pasado de vida embrionaria que abone la lógica de su sintáxis y la razón de su estructura gramatical ¡cuánta distancia recorrida!

No pretendemos fijar aquí, siquiera sea someramente, la cronología del lenguaje universal. La tarea sería superior á nuestras fuerzas. Pero los estudios hechos en este sentido por sabios que á la materia han dedicado sus desvelos, nos permiten conocer los procedimientos inductivos de que ellos se han valido para llegar á la comprobación de la persistencia de esas leyes en la vida de las lenguas.

Aplicando, ahora, por deducción, los mismos procedimientos podrá arribarse á determinar en el presente la forma en que deberán tener lugar, para lo futuro, los cambios sucesivos del lenguaje en las diversas nacionalidades que forman la gran familia humana?

Clasificadas las lenguas según su estructura ó según su extirpe y derivación, demuéstrese la existencia de familias y de grupos á los cuales dan los lingüistas denominaciones particulares, de modo que de cualquiera manera que se las estudie, el filólogo contemporáneo llegará á determinar el parentesco más ó ménos remoto que hace de todas ellas algo así como un árbol cuyo origen haya sido el simple grano de semilla que, brotando luego en arbusto; creciendo y desarrollándose lentamente después; se convierta, por fin, en robusto tronco, con ramificaciones inmensas que den retoños, á su vez,

y se extiendan poco á poco, ensanchándose más y más.

¿Cuál fué, en este caso, ese tronco originario?

Nadie ha podido determinarlo aún.

Los estudios más profundos ván á estrellarse contra él, sin penetrar hasta el arcano en que se pierden las raíces del idioma primitivo, como se estrellan contra estériles hipótesis los desvelos de aquellos que pretenden escudriñar más allá de las revelaciones inspiradas en los libros sagrados de la Eterna Sabiduría, los orígenes de la humanidad primera.

Pero algo ha avanzado, sin embargo, la ciencia al remontarse hasta las dos ramas madres: el *sanscrito* y el *arameo*, de donde brotan, pasando por otras ramificaciones subalternas, que forman grupos entre sí, las lenguas vivas derivadas, indo-europeas, y semíticas, llamadas, de flexión; harto distintas por su forma y estructura de las monosilábicas y aglutinantes, que, en orden á progreso, se han quedado tan atrás.

La parte de la humanidad que en el período teocrático del Oriente habitaba la región del globo situada al Norte de las dos Indias del Mundo de los antiguos (*Cisgángtica* y *Transgángtica*) permaneció durante el transcurso de los siglos aislada del resto de las naciones, y por eso sus costumbres y su lengua se conservaron casi intactas por largos períodos.

Es de presumir, pues, que las transformaciones fueran allí lentas; y aunque la civilización del que es hoy Imperio de la China se haya considerado como muy notable, su literatura, reputada también entonces como la más rica del Oriente, no debía progresar en adelante con la misma rapidez que la de los pueblos occidentales, favorecidos por el clima, por la naturaleza, y por el rumbo que debía seguir más tarde la corriente civilizadora.

Pero, si bien los habitantes del extremo oriente no avanzaron en su lengua ni modificaron sus creencias religiosas, tuvieron, en cambio, la ventaja, inapreciable para ellos, de conservar la homogeneidad de su raza, como consecuencia misma de su alejamiento.

La región que se encierra entre los Himalayas y el Océano Indico debía quedar, por el contrario, con motivo de su mayor proximidad hacia el Oeste, favorecida por la misión de transmitir con el tiempo el idioma de sus habitantes y los productos de su maravillosa civilización á los pueblos del gigante imperio que Alejandro el Grande debía hacer surgir más tarde bajo el bote irresistible de su lanza y al amparo de sus falanges victoriosas.

Al *sanscrito*, el idioma sagrado de los *rhigs*, en que 140 millones de hombres entonaron los cánticos arrancados al texto sublime de los *Vedas*, estaba,

pues, reservado el honor de ser padre de las dos lenguas sabias más importantes: el griego y el latin; bien así como el *arameo* debía dar origen á otras lenguas de flexión que, como el árabe y el hebreo, el egipcio y el fenicio, debían ser habladas por no menor número de hombres.

¿Qué papel desempeñaron en el mundo los diversos pueblos que poseyeron esas lenguas? Si se les enumera solamente habrá de reconocerse en sus nombres á todo lo que la historia contiene de más notable, en grandes hechos y recuerdos; en guerras sangrientas y en la realización de las más trascendentales evoluciones experimentadas por la sociedad humana: Persas, Griegos, Latinos, Es-lavo-germánicos, por lo que toca al sanscrito; y los ya mencionados Hebreos, Arabes, Egipcios, Cartagineses, por lo que respecta al arameo.

En el continuo torbellino de los acontecimientos históricos, que pasan y se renuevan sin cesar: guerras, exterminios, sustituciones de razas, conquistas, pillaje, desolación y renacimiento ¡cuánto cambio de costumbres, cuánta amalgama de lenguas, cuánta lastimera mutilación de nacionalidades; ó, al revés, cuánta germinación admirable de ideas, cuánta nueva constitución de reinos y de imperios! Unos pueblos oprimen á otros subyugándolos ó aniquilándoles; cuales más felices, rechazan tras de un continuo batallar al invasor; pero sin

lograr, si la dominación ha sido larga, deshacerse en absoluto de sus influencias. Los usos sociales se resienten entonces de un extranjerismo marcado, como se resiente, también, el idioma nacional, víctima de cambios tan bruscos como incesantes. En las naciones guerreras donde las agitaciones turbulentas y el espíritu de combate predominan sobre la vida cotidiana de sus habitantes, las ciencias no prosperan, paralizan las industrias, degeneran las artes y sólo el bullicio de las armas logra atraer al elemento popular, sediento de inestabilidad y de conquista.

Pero los años corren y dos razas superiores á las demás implantan sucesivamente sus cetros en un extremo de la Europa. Atenas con su siglo de Pericles, Roma con el de sus Césares, como antes Alejandría con el del coloso macedonio que le diera sin igual esplendor, surgen luminosamente de en medio del profundo oscurantismo perpetuado por el maléfico genio de la guerra. El segundo y el tercer período de la historia, que abrazan más de dos mil años desde los tiempos heróicos de la Grecia hasta la venida del Cristo, ven sucederse con los pueblos las instituciones que se mejoran poco á poco y las lenguas que se enriquecen y desarrollan en la paz, hasta llegar á su más alto grado de perfección. ¡El griego y el latin, la

*Iliada y la Eneida*: dos polos magnéticos de una misma pila!

¡ Solón, Safo, Esopo, Arión y Píndaro: Virgilio, Ovidio y Cicerón ¡cuánta luz, cuánto esplendor!

Pero ¡oh ley fatal de la historia! este esplendor y esta luz, que todo lo abrillantan, se apagan de nuevo. El soberbio imperio romano, asombro y terror de su época, se desmorona poco á poco y cae, por fin, estrepitosamente. La barbarie, la conquista vuelven á levantar su terrible cabeza, y, espada en mano, suelta al viento la desgredada cbellera, se lanzan sobre los salvajes corceles del vandalismo que, á carrera tendida, desbocados y hollándolo todo bajo su exterminadora planta, arasan, matan y mutilan: ciencias, artes, leyes, lengua ¡todo lo atropellan, todo lo desquician sin reparo!..

Con la dominación de los Visigodos, Borgoñones y Lombardos en los estados de Occidente; los Francos y Anglo-sajones, las lenguas madres se destrozan, degeneran y corrompen, y de ellas brotan, cual de fecundo manantial, otras nuevas é imperfectas, caprichosas y raquílicas al comienzo: las neolatinas; que más tarde debían ser el italiano, el español, el francés y el portugués, y, por otro lado, y por distintas causas, las eslavas, como el ruso, el servio y el polaco; las germánicas, como el alemán y el inglés.

En su época embrionaria y antes de convertirse en lo que actualmente son, imperfectas por entonces esas lenguas, carecen de sintaxis completa y de reglas precisas. Los pueblos no las definen aún suficientemente, y mezclan, en dialectos enfermizos, voces y giros de vária acepción; cruzan y amalgaman sus elementos y ninguno de ellos predomina aún sobre los demás.

Pero las razas que respectivamente poséen esos dialectos prosperan lentamente y avanzan más y más. Alborea la edad moderna y cada una de las distintas naciones que pueblan el continente europeo tiene ya sus leyes propias, sus gobiernos y sus instituciones sociales.

Abandonaremos aquí á las que no nos interesan de cerca, para seguir por un momento á aquella que directamente nos toca, así por sus antecedentes como por los hechos que debían ligarla en breve á nuestra existencia de pueblo libre: la España y la lengua española.

\* \* \*

El erudito bibliotecario de Felipe V, Don Gregorio Mayans y Ciscar, que, en su carácter de tal, tenía á mano un sinnúmero de documentos que nadie mejor que él habría podido explotar con fruto, vá á darnos datos suficientes para el éxamen de los orígenes de nuestra lengua.

Si hemos de atenernos á la opinion de autoridad tan respetable, concluiremos que, aunque no es dado aún establecer cuál haya sido la primera lengua de España, es del caso, no obstante, presumir que antes de la época de la conquista romana había en la Península Ibérica muchas lenguas.

Apoyándose en los escritos de Estrabón «el príncipe de los geógrafos» y ampliándolos con el testimonio de Ennio de Calabria, de Cicerón y de Scilio Itálico, declara el erudito bibliófilo, a quien seguimos en este estudio, que, habiendo ido anteriormente á la que es hoy España, los iberos, los fenicios, los cartagineses y otros muchos que encubre el olvido, cada uno de ellos introdujo su idioma en los lugares dominados «siendo costumbre de los vencedores querer ser entendidos fácilmente y de los vencidos aprender la lengua de los que mandan.»

En tiempo de Ennio se tenía en el Lacio por muy extraño el lenguaje español, como se demuestra en alguno de los versos puestos en boca de los personajes que ese autór hacía figurar en sus escritos: v. gr. aquellos en que, dirigiéndose cierto vencedor á uno de los antiguos habitantes de la comarca vencida le dice: *Hispane non romane memoretis loqui me,* «recordad que habló en español no en latin.»

«La lengua hablada en España, agrega Mayans, no era una sola, porque refiriendo Scilio Itálico los

que iban á la guerra Púnica, dice que los gallegos cantaban como sigue *en lengua de su patria* :

«La rica Galicia envió sus mancebos que ya  
«entonan bárbaras canciones en su lengua patria  
«é hiriendo acompasadamente la tierra con sus pies,  
«se deleitan en hacer sonar con cadencia sus escudos.»

«Pero como la dominación de los romanos fué tan larga—concluye el mismo autor—y ellos tiraron tanto á introducir su lengua donde quiera que mandaban *luego se habló en España el idioma latino, de tal manera que las lenguas antiguas se fueron olvidando muy á prisa hasta que se perdieron del todo.*»

A partir de ese momento el habla nacional fué el latin.

Después de las guerras púnicas y de haber llevado Publio Scipión los primeros ejércitos á las Españas, éstas se sublevaron varias veces; pero Cesar Augusto las sometió definitivamente, é implantando allí el idioma de los vencedores, nació de la confusión de la lengua matriz con los dialectos menores nacionales un habla llamada hoy por los lingüistas, romano-española, «ó sea romana ya españolizada sin casos en los nombres; con artículos en los apelativos contraídos, con mayor distinción de tiempos en las conjugaciones y con otras muchas especialidades que tomaran los españoles de la lengua latina »;

lo que nos demuestra, una vez más, que los dialectos incompletos tienden siempre á completarse, en una especie de lucha por la vida que sigue su marcha ascendente hacia el perfeccionamiento, en su continuo contacto con una lengua sabia: al revés de lo que sucede si esa lengua sabia se contagia con dialectos inferiores ó elementos extraños, pues entonces degenera, se corrompe y decae.

Y esto que allí no era sinó la consecuencia lógica de un principio racional, constituye hoy una verdadera ley, susceptible de aplicarse á la doctrina general de permutación que vamos persiguiendo en este estudio.

Por lo que respecta á la cuestión de cómo, despues de haberse impregnado del latín, continuó progresando y perfeccionándose el primitivo dialecto de los españoles, el maestro Antonio de Nebrija en el prólogo de su *Arte de la lengua castellana*, nos expresa, segun también nos lo manifiesta Ciscar, que «tuvo su niñez en el tiempo de los jueces y reyes de Castilla y de León, y comenzó á mostrar sus fuerzas en tiempo del muy esclarecido y digno de toda la eternidad el rey don Alfonso el Sabio, por cuyo mandato se escribieron Las Siete Partidas y fueron trasladados muchos libros del latín y arábigo á nuestra lengua castellana, la cual se extendió despues hasta Aragón y Navarra y de allí á Italia.»

Desde entonces la transformación sigue su curso. El latín verdadero degenera al convertirse en base de castellano, á la vez que el castellano avanza hacia la formación de una sintaxis propia. Las mutilaciones de los nombres, los cambios de letras al fin de dicción, ó las supresiones de en medio de la misma; los diptongos latinos simplificados en una sola vocal como v. gr. *ægua yegua; cæcus, ciego; græcus, griego* etc; *cobdicia, codicia; San Yaco, San Jacobo*; la *b* mudada en *h*: *bubo. buho*; la *c* suprimida: *auctor, autor; fructu fruto; sancto, santo* etc, y tantos otros, van determinando una nueva lengua, que aún no se fija en sus accidentes gramaticales.

¿Por qué?

Porque el idioma que se altera está aún en formación. No es todavía una lengua completa; no posee aún su gramática propia y la alteración es, por lo tanto, casi sustancial.

Para estudiar más extensamente estos cambios nos referimos á la parte en que de ellos se trata en la ya citada y conocida obra de Mayans y Ciscar *Ortgenes de la lengua española* (parraf. 161—pág. 399—edición española del año 1873—1 vol.)

Allí, como en las obras de Wolf, Bello, Ticknor, Sismondi, Ayuso, Amador de los Rios, Lessing, etc. encontrará el lector los curiosísimos datos históricos que sobre la misma materia estime oportuno

consultar, si como nosotros, deseá darse cuenta somera de la evolución paulatina y necesaria de nuestra hermosa lengua castellana, antes de que llegara al grado de perfección en que hoy se encuentra.

\*  
\* \*  
\*

¿Cómo trazar aquí siquiera una compendiosa enumeración de las glorias de la España en las armas, en las artes y en las letras, hacia la época de apogeo que nos encuentran los presentes párrafos?,..

Desde el godo rey Rodrigo hasta Felipe y Carlos V. la pátria de Cervántes, Garcilaso, Calderón y Lope; el suelo desde donde asombraron al mundo con las producciones de sus pinceles divinos Velázquez y Murillo, Morales y Rivera; la España caballeresca, la España artística, la España filosófica; la España descubridora de un nuevo mundo, tuvo dias de luminoso esplendor que, si bien ha palidecido hoy no ha muerto para siempre, como algunos pesimistas lo opretenden.

Durante el siglo de oro de la opulenta literatura de que fué alma la lengua castellana, en su apogeo tuvo ésta predominio absoluto sobre las de todos los otros pueblos vecinos, é introdujo en ellas, como lo hemos manifestado ya en alguno de nuestro escritos anteriores sobre la inagotable materia que tratamos, sus giros, su génio, su fisonomía peculiares.

Unificada esa lengua; convertida por ley de natural permutación y lento, pero lógico desarrollo, de dialecto impuro, en rica y vigorosa lengua de flexión, su sintaxis se fijó por fin; sus divergencias se clasificaron; se compusieron las primeras gramáticas y tratados lexicográficos, obras que, aunque no muy completas todavía, determinaban ya las bases generales é inamovibles de la futura lengua sabia. Dicionarios suficientes no debían existir aún, hasta que la Academia Real, á principios del siglo XVIII emprendiera la elaboración del suyo. En esa primera edición hecha en Madrid en 1726 (obra rarísima en estos tiempos), se da, á mas del significado de las palabras, un erudito prefacio relativo á la composición de la obra, y tambien tres discursos «sobre el origen de la lengua castellana, sobre las etimologías y sobre la ortografía, con una lista de los autores elegidos por la Academia para servir de autoridad á sus decisiones.»

Ahora bien: transformada así la lengua; contruidos ya los cimientos sobre los cuales debía levantarse el suntuoso edificio de toda una literatura monumental, el estudio del mero idioma primitivo, derivado de una degeneración más ó ménos radical del latin, se elevaba de hecho al rango de ciencia natural, con toda la dignidad é importancia de tal. Ni el tiempo ni los acontecimientos podrían, alterar pues, *la sus-*

*tancia y el fondo de la lengua*, so pena de viciarla y desvirtuarla, como se pretende hacerlo hoy, en su esencia misma; modificando su índole y determinando, en tal caso, *la producción de un nuevo dialecto deficiente y susceptible, á su vez, de elaboración y perfeccionamiento.*

Tal era el estado de cosas en España cuando Isabel y Fernando, los católicos, lanzaron sus aventureras carabelas al través de los mares desconocidos á descubrir el mundo soñado por el génio de Colón.

¿Qué era la América entonces?

¡Una inmensa extensión de tierra que encerraba en su seno tantas razas y tantas lenguas; tantos reinos y tanta variedad de costumbres; tantas riquezas ignotas; tanta exhuberancia de naturaleza; tantos rios enormes; tantas cadenas gigantes de montañas, como el continente antiguo que habian abandonado los expedicionarios en busca de lo desconocido!

Los idiomas que hablaban los pobladores de las vastas regiones americanas eran los conocidos por su estructura con el nombre de *aglutinantes*. El opulento imperio de Moctezuma, que á la llegada de los españoles á América ostentaba ante sus ojos admirados todo el maravilloso esplendor de la civilización tlascalteca, encerraba una raza superior á las demás y que hablaba una lengua superior también,

El mejicano, segun nos lo dicen filólogos, era un idioma más completo, más lógico que el de los otros pueblos cuyas lenguas pertenecian á la familia de los aglutinantes, como la suya. Más gramatical, más determinado en sus inflexiones, se distinguia de ellas en particularidades características que han dado ocasión á que se le clasifique especialmente, en una nueva categoria llamada de *interpolación ó intercalación*.

Pero, asi y todo, no pasaban las mas completas de; esas lenguas en embrión, de simples idiomas locales anti-artisticos, pobres en formas y en leyes gramaticales.

El predominio del castellano tenia, pues, que producirse con el tiempo y á medida que la absorción de una raza inferior por otra superior fuera verificándose.

De Norte á Sud del continente austral triunfaria algun dia el español, y sentaria sus reales en las comarcas conquistadas.

De todos estos hechos se desprende una conclusion evidente é importantísima, y es la que sigue: época en que las lenguas llegan á su apogeo coincide, por lo común, con el estado floreciente de los pueblos que las hablan; con su paz exterior é interior; con el adelantamiento de sus instituciones y de los ramos todos que determinan el mayor grado de civilizacion de que gozan. De la guerra, de los

cataclimos, de la barbarie nacen, por el contrario, la mutilación, corrupción y derrumbamiento del habla nacional; viciada, contagiada por elementos extraños, fraccionada más y más, y subdividida, por fin, en dialectos inferiores, imperfectos y alterados en su índole primitiva.

Tales hemos visto que nacieron, raquíticos y contrahechos primero, y perfeccionados lentamente después con el transcurso de los años y las exigencias de sus respectivas literaturas, las ya citadas lenguas vivas cuyo origen fué el Sanscrito ó el Arameo antes de pasar al estado en que actualmente se las encuentra.

Hemos visto ya, también, que brillaron así un día, para palidecer después para siempre, el Zend, la sabia lengua de los persas, inmortalizada por Zoroastro; el Hebreo y el Siriaco; el Egipcio y el Cartaginés.

Pero, sin salir del Griego y del Latin ¡cuánta degeneración en los primeros siglos que siguieron á la caída de los imperios que les vieron llegar á su mayor esplendor!

Al subdividirse en las fracciones diversas que formaron las lenguas neo-latinas, siguieron la misma suerte de las de la rama eslavo-germánica, también hijas del Sanscrito, quedando por muchos siglos relegadas al ínfimo rango de dialectos sin importancia

Ahora bien: si dedujéramos, sin un cabal discerni-

miento, de estos hechos pasados una ley absoluta para lo futuro, llegaríamos á la conclusión fatal que hoy sostienen los pesimistas del idioma, á saber: que la suerte reservada en América á la lengua castellana es la misma por la cual han pasado los otros pueblos que nos han precedido en el ciclo de su evolución social.

Aquí comienza, á nuestro sentir, el error de los que así discurren, error substancial de premisa que trataremos de probar en breves líneas.

\*  
\* \*  
\*

Mas de tres siglos habían transcurrido desde que Colón, poniendo el pié en las playas americanas había tomado posesión de ellas en nombre de los reyes de Castilla y Aragón; siglos de lucha, de conquista y de agitaciones incesantes para los expedicionarios y colonos españoles, cuando al alborear del presente resonó en todos los ámbitos del continente austral el grito inmenso de independencia que sacudió en el Sur el yugo hispano, como pocos años antes el mismo clamor, brotado del pecho de los hijos del Norte, había sacudido allí el de los británicos.

Trás de la lucha viene la victoria. El sistema de gobierno, las instituciones cambian y se reemplazan por otros más lógicos, más justos y más humanos.

Pero la lengua y las costumbres quedan: la lengua

sobre todo, esa lengua maravillosa aprendida desde la infancia en el regazo maternal; estudiada y perfeccionada más tarde en las aulas, bajo la dirección de maestros cuya autoridad se respeta y cuyo saber se admira..... Y á nadie, á nadie se le ocurre, entre tanto, modificar esa lengua, si nó es para enriquecerla poco á poco con nuevos elementos necesarios que le den mayor vigor, *sin adultarla en su substancia*; que dilaten el caudal de sus vocablos, *sin modificar ni desdeñar el ya existente*.

La civilización avanza; los pueblos comienzan á asimilarse *regularmente* elementos heterogéneos; los inventos y las industrias extranjeras se adoptan poco á poco; los productos, las plantas y hasta los animales se aclimatan, ingertan y transforman. Todo se cambia y sustituye.... menos la lengua.

¡La lengua que, si bien se enriquece, no se *altera* y *amalgama* torpe y arbitrariamente con elementos extraños, porque la lengua es lo único completo, lo único sábio y, diré, lo único científico que el coloniaje ha legado en herencia, así á los pueblos americanos del Sur como á los del Norte!

I, por otra parte ¿por qué había de modificarse bruscamente? ¿por qué había de padecer esa alteración, casi radical, experimentada por las de otros pueblos, cuando al independizarse la América, no hubo ni invasión de nuevas razas, ni sustitución de

costumbres; ni hubo de transformarse la religión del pueblo? ¿Por qué había de degenerar el idioma pátrio porque la pátria cambiaba de forma de gobierno? ¿Por qué había de abandonarse una lengua sabia y organizada por dialectos imperfectos, embrionarios y deficientes?

La lengua permaneció, pues, intacta, ajena á toda corrupción. Como lengua completa siguió sujeta á su sintaxis; continuaron respetándose sus reglas, de modo que el uso constante de los buenos escritores autorizó, con el testimonio de sus escritos, sus giros, sus voces peculiares, su ortografía, sin apartarse jamás de la índole propia.

Pero los años transcurrieron como se ha dicho. Vino una nueva generación de hombres, y éstos, con el pretexto de enriquecer el habla nacional *descuidaron su estudio*; olvidaron su gramática, hasta el extremo de llegar á declarar un buen día que la más rica de las lenguas vivas *no poseía elementos suficientes para traducir* el pensamiento, de acuerdo con las exigencias del progreso.

Tal es el estado actual de los hechos.

Terminada ahora su exposición, vamos á examinar los argumentos.

Vivimos en el siglo de las luces, se dice; necesitamos de voces y de giros nuevos y, para ello, no bastándonos los propios, vamos á pedirlos prestados á otras lenguas.....

¿Están en lo cierto quienes así discurren?

Hacemos una distinción: Hay voces y giros de creación *necesaria*, como los hay que son del todo *superfluos* ó viciosos.

Admitimos los primeros y rechazamos, en absoluto, los segundos.

Pensamos con Bello que es importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza «como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes,» pero juzgamos, también, con él «que no es un purismo supersticioso lo que debemos recomendar.»

Y pues que, en tan ilustre compañía nos hallamos, dejemos por un momento que hable el reputado maestro:

«El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben. Pero hay un vicio grave *que es el prestar acepciones nuevas à las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que*

*por la variedad de significados de cada palabra adolecen mas ó ménos las lenguas todas, acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas á que es preciso acomodar un número necesariamente limitado de signos. Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, vá á privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende á convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latin. Chile, el Perú, Buenos-Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, ó por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven á su lado otros varios, oponiendo estorbos á la difusión de las luces, á la ejecución de las leyes, á la administración del Estado, á la unidad nacional. Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sinó en la regular uniformidad de las funciones que estos ejercen, y de que proceden la forma y la índole que distinguen al todo.»*

Nuestra doctrina se reduce, pues, á sostener que en las familias de las lenguas, como en las familias de los hombres, hay giros y voces que deben aceptarse por legítimas, como hay otras que deben rechazarse por bastardas.

Só pretexto de aumentar la especie no hemos de tolerar que se autorice el libertinaje.

Para nosotros, los cambios que enriquecen el idioma nacional excluyen en absoluto la amalgama de elementos gramaticales contrarios á sus reglas ya establecidas, de modo que jamás por jamás, aún en el caso de que los japoneses ó los chinos nos trajeran sus inventos; aún en el caso de que los tártaros, los árabes ó los habitantes del Cambodge introdujeran aquí sus costumbres, deberían las generaciones venideras de la América del Sur apartarse, al bautizar con nombres nuevos y giros necesarios esas costumbres y esos inventos, de la índole que exige el sistema creado de nuestra lengua nacional, sujeta á normas generales invariables.

Hacer lo contrario es rechazar los sabios y fundamentales principios de permutación que han regido y continúan rigiendo á la evolución progresiva de los idiomas, los cuales si se enriquecen, lo hacen á manera de los árboles que, desarrollándose de primavera en primavera, dan nuevos brotes y ramajes, pero sin que el incesante y poderoso ven-

dabal de las ideas sea suficiente á arrancar á los ya existentes del robusto tronco donde nacieron.

Y este crecimiento progresivo no se efectúa, tampoco, arbitrariamente y según el capricho de cada cuál, sinó que bajo la vigilancia de un eterno regulador, que vela porque la transformación se verifique en condiciones que no alteren la sustancia del idioma.

Y ese regulador es el *uso*.

El uso que, semejante al podador inteligente, que ya corta, ya endereza los brotes dañinos ó enfermos del árbol encargado a su custodia, poda y limpia, también, de todo aquello que pueda minarle ó corromperle, el árbol del idioma patrio. Porque lo que debe entenderse por *uso*, nótese ello bien, no es el *vulgo*. El uso lo constituyen, á nuestro entender, las inteligencias cultivadas, las opiniones de los buenos escritores, que conocen y han estudiado á fondo su lengua y que, según la expresion de un ilustre pedagogo «deben considerarse, por lo tanto, como los depositarios de la lengua nacional»

«C'est le génie, dont l'influence maîtrise le vulgaire, qui devient le régulateur du langage parce que la société lui á legué ses pouvoirs.» Este precepto de un retórico francés tiene particular aplicación en este caso, máxime cuando, en este orden de ideas, se cometen á cada paso abusos incalificables,

á tal punto que cualquier escritor en ciernes se permite hoy en América titularse creador de giros y de vocablos y atropellar en lo sustancial, por ignorancia absoluta de su lengua, ó por nécia é imperdonable terquedad, la sintaxis, la ortografía y hasta el buen sentido.

Y, cuídese que no somos nosotros de aquellos que rechazan el progreso bien entendido en materias literarias. Seríamos los primeros en aplaudir el advenimiento en América de una era en que cada uno de los países que componen nuestro continente brillára por su *literatura nacional*. Creemos que existen desde luego, en esta parte del mundo, escritores esencialmente americanos por su estilo y por la originalidad de su índole literaria. Pensamos á este respecto con un crítico francés, y lo hemos dicho ya en alguna otra ocasión «que un nuevo sistema de vida, el espectáculo de paisajes nuevos, crean nuevas imágenes, nuevas ideas,» Tomando por ejemplo lo que sucede con la literatura inglesa, observa M. Martín que, extendiéndose el imperio británico sobre las cinco partes del mundo, recibe, como consecuencia de este privilegio, amplias contribuciones de todos los pueblos conocidos, en metáforas nuevas é inesperadas.

Originalidad de concepción; estilo; nuevos elementos retóricos, vengan en horabuena si son propios,

sorprendentes y distintos á cuanto hasta la fecha se ha conocido ¡pero exprésese, por Dios, todo ello én lenguaje correcto, puro, conforme con la índole del habla sabia que poseemos y sin apartarse jamás de sus leyes establecidas!

Constantemente nos vemos increpados por nuestros adversarios con los apodos de *retrógrados, conservadores, cangrejos del idioma*. Los que así nos denominan hablan, á su vez, de «no cortar las alas al vuelo de las ideas», «no poner freno al pensamiento americano»; «dejarle que investigue con libertad y ensaye con audacia etc.»

¿Y cuál de nosotros se propone lo contrario?

¿Quién trata de poner una barrera á la producción americana, ni censurar la espontaneidad, la grandeza, la libertad en las ideas? . . . .

¿Cuáles sos esas obras de pensadores nacionales tan distintas y trascendentales *por el lenguaje* que puedan citarse como apoyo á la doctrina que se trata de sostener? . . . . ¿Adónde están esas *creaciones nuevas* de giros y palabras, llamados á iniciar esas revoluciones en el idioma, que se desea patrocinar?...

A la verdad que nosotros, al examinar escrupulosamente las producciones literarias, en cualquier ramo que se las considere, de los ingenios mas ilustres de la América latina, no hemos hallado en ellas otra cosa que la confirmación absoluta de nues-

tras ideas en el punto que estudiamos. Allí estan para demostrarlo Mitre, Sarmiento, Gutierrez, Alberdi, Rawson, Trelles, Estrada, en la República Argentina; Barros Arana, Lastarria, de la Barra, Amunategui, Blanco Cuartin, en Chile; Bello, Zárrega, Calcaño, en Venezuela; Torres Caicedo, Ancísar, Caro en Colombia etc, que son, incuestionablemente, los verdaderos representantes del pensamiento americano; aquellos que, ya en la historia; ya en la filosoffa; ya en la jurisprudencia; en las ciencias naturales, morales ó sociales, han sobresalido y dado honra y loor con sus obras á los diversos paises que les cuentan como glorias nacionales ; Y en qué lenguaje han escrito esas eminencias? En el más puro y correcto castellano—¿Cuáles son, pues, los representantes de esa escuela de decadentes llamados á ser los apóstoles de la *nueva y futura lengua nacional?* Si escudriñamos las literaturas americanas no encontraremos sinó obras de escritores noveles; con los títulos de *impresiones de viajes; articulitos de costumbres, charlitas literarias; bocetitos; cuentecitos al amor de la lumbre; articulitos sueltos; cositas amenas* etc; y escritos en esa jerga, mitad francesa y española; ó mitad italiana é inglesa.

Si examinamos, asimismo, los anuncios de rematadores públicos; los programas de sociedades financieras; los catálogos de casas importadoras de géneros y mercaderias, y, por último, los *menus* de los

*restaurants*, hallaremos, seguramente, grande acopio de voces, giros é idiotismos nuevos y, á veces necesarios. Pero ¿es eso lo que debe considerarse como literatura nacional? Contéstenlo los que defienden la corrupción del idioma pátrio.

Para nosotros, es de espíritus elevados el dedicarse á lo que tiene elevación. Saliendo de la insignificancia de ciertas tendencias literarias modernas, consideramos como maestros de nuestras literaturas nacionales en América á los escritores Americanos que nos dan obras de aliento, enriqueciendo con ellas el catálogo de aquellas producciones nacidas en nuestro continente y, que por su mérito real y verdadero se conquistan un puesto permanente, imponiéndose como indispensables en las bibliotecas de los hombres de estudio del mundo entero.

Mitre, dando á luz su monumental *Historia de San Martín*; escrita no solamente en el más correcto castellano, sino que hasta con la ortografía rigurosa de la academia de la lengua; Lastarria con sus *Lecciones de política positiva*; Juan María Gutierrez con su obra monumental sobre la *enseñanza en Buenos Aires*; Bello con su inmenso bagaje literario, capaz por sí solo de arrojar intensa luz sobre la literatura del nuevo mundo; Ricardo Palma, el más castizo de los peruanos; Torres Caicedo; Juan Montalvo, el autor de los *Siete*

*Tratados* y de esa página inmortal que lleva por título «*Capítulo que se le olvidó á Cervantes*» son y serán considerados siempre como los verdaderos intérpretes del *uso* en América, pese á los que les admiran sin imitar su ejemplo.

Y si de la historia, la política y la jurisprudencia pasamos á la poesía ¡cuántos ingenios ilustres cuyos nombres sería del caso citar aquí! . . . .

¿Es ménos castizo Rafael Obligado en sus versos, por ejemplo, porque nos habla del *setbo* y del *ombú* y porque hace penetrar en nuestra alma el perfume delicioso y la dulcísima frescura que se sienten «*á la sombra del sauzal?*»

Y, sin embargo, Obligado llama, en buen castellano, *siesta* á la siesta, y no *après-midi*; como en otras partes llama *pampa* á la pampa; en vez de *plaine*. . . .  
ó *pampá*. . . .

« Brinda albergue sin igual  
« En las siestas del estío  
« A las márgenes del río  
« Melancólico sauzal. . . .

« Todo tiene allí la unción  
« De lo eterno y lo distante,  
« Y hay un aura refrescante,  
« Que acaricia el corazón. . . .»

El *cuento de las olas* se desarrolla en el Paraná y nó en el Manzanares; es el soplo terrible del pampero y nó la suave brisa que trae en sus alas perfume

de limoneros castellanos lo que amenaza al nido del cardenal, tejido, no tampoco entre naranjos de *la Granja* de los Reyes de España, sinó que

« en varios juncos  
Reunidos en un haz  
Con totoras y hojas secas....

.....

Cuando, amenazado el nido por el recio viento de los llanos, las olas irritadas

« empinándose á luchar »

convierten en espuma la serena majestad del rio, el poeta nos hace sentir, en *excelente castellano*, las emociones mas crueles, nacidas del espectáculo que nos coloca delante de la vista. El nido colgado al borde del abismo, el viento que ruge y lo columpia, mientras duermen tranquilamente los pequenuelos sin darse cuenta del peligro que los amenaza: todo ello pasa, sin embargo, en pleno territorio argentino; y es tan *criollo* por su espíritu como el poeta mismo.

Guido Spano llora como un paraguayo en *Nenia* y hace tambien llorar como tal al lector; pero apesar del *urutaú*; del *Lambaré*; del *urabitá*; del *tipoy* y de los *Cambá*; ni esa admirable composicion fué escrita en lengua aglutinante, como la de los indios á cuyo idioma pertenecen las voces citadas; ni deja de ser, por un momento, española por la sintáxis; por la

estructura y por el sentido. Ni creemos, tampoco, que Nuñez de Arce ó Campoamor se negarian á firmarla, cambiándola por muchas de sus más magistrales inspiraciones

Pasemos ahora á otras nacionalidades.

Pierre Loti, en su *Marriage de Loti*, narra un delicioso idilio tahitiano, tan celebrado en América, que el distinguido argentino Juan A. Argerich obtuvo un éxito completo y legítimo, con motivo de un análisis, que, segun es fama, (porque no hemos tenido aún el placer de leerle,) fué una verdadera apoteosis para el creador del tipo adorable de *Rarahú*.

Y, sin embargo, tenemos nosotros á Loti como á uno de los mas clásicos novelistas franceses contemporáneos; tanto que nos atreveriamos á asegurar desde luego que Loti *será académico* antes de tres años.

¿Y Leconte de Lisle, el *pagano* ¿no es, acaso, miembro ya de la Academia francesa? ¿Y Victor Hugo no escribió en el más correcto francés, con todo y haberse inspirado á cada paso en asuntos españoles? ¿Qué son, sinó, Ruy Blas, Hernani, el viejo Silva, Esmeralda de *Notre dame de Paris*?

Todos los temas, todos los vuelos de la imaginacion caben en el inmenso espacio que nuestra lengua deja libre, aún á los espíritus más atrevidos dentro de los vastos dominios de su sintaxis.

¿Porqué salirse, entónces, de ellos? Si esos dominios son tan vastos como la pampa ó como el mar, si por sí mismos y espontáneamente producen todos los frutos que engalanan el cercado del vecino ¿porqué salvar éste, para robarse aquéllos, haciendo el papel de rateros conscientes?

¡Será, sin duda, porque hay todavía quienes creen con Garcilaso que son *más sabrosos esos frutos*, y por eso se los apropian sin escrúpulos! . . . .

Existen escritores norte americanos como Prescott, Longfellow, Nataniel Hawthorne y Washington Irving pero, ¿son ellos, acaso menos correctos que los británicos Hume, Lytton Bulwer, Byron y Tennyson?....

Los Australianos y los Neo Zelandeses poséen su literatura local; pero el lenguaje en que ellos escriben es el más puro y correcto inglés. Allí brilla por su exquisita originalidad y por el admirable «sabor de la tierra natal» que ha sabido imprimir á sus escritos Adam Linsay Gordon, el gran cantor de las bellezas seculares que encierran los bosques de su isla gigantesca, el sin igual *horsey poet*, «poeta de los centauros». Allí brilla, á su vez, Alfred Domett, autor de los dulcísimos idilios maories, tan originales y tan sélvaticos; pero cuyo lenguaje es constante y verdaderamente inglés.

Tomemos por ejemplo la siguiente estrofa ana-

lizada por un crítico (1) bajo el punto de vista de su *color local*, por lo que respecta á ritos maories, hechizos y encantamientos propios de las creencias de esos indios.

«Within the wood, by the weird-fire light,  
The wizard plied his art at night;  
And sitting with his palms outspread  
And palsied, forward bending head,  
Sang to the flames á dreamy stave  
That sounded like á half-spent wave.  
« Lambent tongues of sacred fire,  
That own the burning sun as sire»;  
And thou, O sun!. ....  
..... assist our spell»

Traduzcamos línea por línea, aunque en prosa libre, esta bellísima estrofa:

« En los bosques, al resplandor del fuego mágico, « el hechicero desplegó su arte nocturno. Con las « manos extendidas y temblorosas; hácia adelante « inclinada la cabeza, cantó á las llamas una soño- « lienta melopea que se escuchó en el bosque como « el murmullo de una ola moribunda: «¡Oh, voso- « tras, clamó, lenguas del sagrado fuego que teneis « por padre al sol, protegedme!»

Después de esta invocación, el hechicero procede al cumplimiento de sus ritos, todo lo cual describe el poeta con arte suficiente para hacer pene-

---

(1) Nouvelle Revue. Tomo 56 «La littérature Australienne» por Leon Quesnel—año de 1889.

trar en el alma, del lector una buena parte del sentimiento de horror que se apodera de los salvajes. ¿Hay, por ventura, nada más *australiano* en el fondo y forma, y sin embargo, nada más *inglés* por el lenguaje? Es como si dijéramos que, siendo fabricados en Lóndres los *colores* de que el artista se ha valido para pintar su cuadro en Melbourne; siendo una misma la paleta empleada en uno y otro punto, idénticos el pincel y la tela usados; lo único distinto será el genio del pintor; distintos los recursos de que éste se haya servido para producir el efecto buscado; de modo que, por fin, el cuadro resultará allá, al otro lado del Océano Índico, distinto, tambien; original, propio sólo de la índole australiana; con forma, escuela y estilo que son exclusivamente suyos.

\* \* \*

Para resumir nuestras observaciones en unas cuantas líneas y con el apoyo de alguno que otro ejemplo, enumeraremos las conclusiones á que hemos tratado de arribar y que se reducen á declarar lo siguiente:

1º Que, si bien las lenguas se *enriquecen* por las necesidades de la vida humana, no deben *corromperse*. Hemos analizado ya en escritos anteriores la diferencia que existe entre las ideas de transformación y corrupción; significados que algunos confunden lastimosamente.

2º Puede autorizarse la incorporación al idioma

nacional de voces y giros *propios* y que se acomoden á su índole y sintaxis.

3° Deben rechazarse los que no cumplan con estos requisitos; y á fin de presidir al trabajo de clasificación, depuración y enriquecimiento,

4° Creemos de innegable utilidad la existencia de autoridades (llámeselas *academias, ateneos, corporaciones literarias*) que vigilen « *limpien, fijen y den esplendor á la lengua* »

5° No se formará, por lo tanto, el llamado *idioma americano*; antojadizo, y estrafalario.

La lengua que hablen nuestros biznietos deberá ser siempre la bella y rica lengua *castellana*, ó española; enriquecida con elementos nuevos; pero no *adulterada*, hasta el punto de formar un *nuevo idioma*. Razones de orden histórico, de orden lógico y de orden patriótico se oponen á que se autorice lo contrario.

Ahora bien: para ilustrar estas observaciones demos algunos ejemplos:

La índole del castellano; sus principios de sintaxis establecida, exigen que se respete v. g, la siguiente regla: El *cambio de oficios* entre el substantivo y el adjetivo han hecho que se les considere como pertenecientes á una misma clase de palabras con el título de *nombres*. De modo que, siendo susceptibles de *prestarse*, por decirlo así, mutuamente estos oficios,

el sustantivo puede *adjetivarse* y el adjetivo *substantivarse*. Pero no sucede lo mismo con el verbo, que jamás podrá adjetivarse ni substantivarse en castellano. Quien, siguiendo la norma ó la licencia, autorizadas en otras lenguas, adoptara para la nuestra un procedimiento contrario, cometería un error contra su *sintaxis*.

Otro ejemplo :

Es propio de la índole del castellano derivar sustantivos de creación necesaria, de verbos que signifiquen la acción de la idea que representan; pero al hacerlo, es corriente someterse á cierta *ley de terminacion* constante :

V. gr. de *correr* sale el sustantivo *corrida*, como de *beber*, *bebida*; de *casar* sustantivo, *casada* adjetivo substantivado; de *partir* *partida* etc.

Si siguiendo esta ley, de *subir* debería salir *sub-ida*.

Pecan, pues, contra la índole del idioma los que dicen *suba*; como v. gr. «la *suba del oro*» ¿Por qué no establecer, ya que no *el alza*, la *subida* del mismo? Simplemente porque los que dicen *suba* no conocen la gramática ni la índole de su lengua.

Otro defecto es el recurrir á lenguas extranjeras de índole diversa para traducir ó amalgamar desafortadamente, y sin tomarse el trabajo de buscar en el idioma nacional la verdadera forma establecida, ó el giro verdadero.

¿Qué dirían los franceses si escritores de su raza españolizasen la lengua de Voltaire, de modo que por preguntar, v. gr. una dama, en Francia, á un comerciante si tal ó cuál género vendido por él *daría de sí*, es decir, si *seria susceptible de elasticidad*, dijera, traduciendo literalmente de la forma española: «est-ce qu'il *donnera de soi?*, ó *faire le tour de la-POMME*, por «dar la vuelta á una *manzana*» (cuadra cuadrada), ó sinó, *il prit celles de Ville-Jaques*, por «tomó las de Villadiego?»»

Tampoco deben tolerarse esos giros y voces fabricados con la mezcla del castellano y algún otro idioma extranjero y que tienen, ya, equivalente en nuestra lengua, como los ya citados por nosotros de *cabina* (camarote), *golpe de puño* (coup de poing) por *puñetazo*; *bonhomía* (bonhomie) por *candor*. etc.

Grosero yerro es decir que un manjar es muy *feo* por que tiene *mal gusto*. *Feo* se refiere á lo que tiene relacion con la *vista* y no con el paladar, *Pretenioso*, por *presuntuoso* es inexacto. El que tiene ese defecto *presume* de ser lo que no es: v. gr. inteligente, elegante, ó lo que no sea; y no lo *pretende*, porque si lo pretendiera solamente, estaría en su derecho y dejaría de constituir la presunción un defecto; porque el *pretender* llegar á algo es lícito al hombre, mientras que *presumir* de serlo ya, no siéndolo ante los ojos de los demás, es prodiamente una mentecatez ¿Qué quiere decir que

un prógimo *es un parado*, por un tonto ó zonzoz?  
¿Qué lenguas inmigrantes autorizan todos estos errores?

¿Son, acaso, ellos necesarios? No necesitan, por desgracia, quienes los emplean *sin* objeto que se les enseñe su lengua? Una escuela vendría como de molde á los escritores que con tales desaciertos afean su estilo, sin que baste á disculparles todo el talento de que hagan gala, por aquello que desde Horacio hasta nuestros días vienen sosteniendo los retóricos: á saber, que en las obras literarias, para que sean buenas, debe cuidarse la forma tanto como el fondo.

¿Y qué decir del uso del relativo *qué*, afrancesado á cada instante por los corruptores de la lengua?

La sintaxis castellana prohíbe en absoluto que se le contraponga, arbitrariamente, ya sea á adverbios ya á complementos que no lo pidan.

Y, sin embargo, á cada paso vemos, aún en escritores de nota:

«Fué el 25 de Mayo de 1810 **QUE** se proclamó la independencia argentina.»

en vez de:

«Fué el 25 de Mayo **CUANDO** se proclamó etc»

«No es allí **QUE** está el error» por:

«No es allí **DONDE** está etc»

En el primer caso es necesario poner en vez del

relativo *que* el adverbio de tiempo *cuando*, contrapuesto á un complemento análogo, porque se trata de una acción que se refiere á *tiempo*; y en el segundo al adverbio de lugar *donde* por referirse á acción que determina ó señala la idea de *lugar*. Para eso tiene nuestro idioma esos adverbios: para que se eche mano de ellos cuando se les necesite, sin que sea preciso ir á pedir prestados otros giros incorrectos á lenguas extrañas, dejando que duerman en el olvido, como si fueran ociosos ó inútiles, los propios.

Pero, basta ya de ejemplos: con los citados hay de sobra para que se juzgue de la mayor ó menor importancia de nuestras observaciones.

\* \* \*

¡Cosa singular es lo que sucede con muchos escritores americanos distinguidos que abogan por el *idioma nuevo*, ese mismo que la América, según ellos, tiene el derecho de patrocinar! Defienden á brazo partido la adopción inconsulta de neologismos que dicen ser propios de las necesidades «que nacen del estado social deparado por la emancipación política de la antigua Metrópoli,» y, sin embargo, escriben, los más de ellos, como v. gr. el ilustre Juan Maria Gutierrez, en el más puro y correcto castellano.

Tenemos á la vista la famosa carta por medio de la cual este eminente publicista hizo saber á la

Academia Española que le devolvía el diploma de miembro correspondiente, con que «el ilustre cuerpo literario» (según él mismo le llama) había estimado oportuno distinguirlo.

Las razones en que el señor Gutierrez se funda para hacer este desaire á los señores de la calle de Valverde (como dirían nuestros adversarios) son, indudablemente, poco sólidas, por más que las abone ante el criterio de los americanos el ir autorizadas por la firma de personalidad tan notable como la suya.

«Según el artículo primero de sus Estatutos,—dice el señor Gutierrez—el instituto de la Academia *es cultivar y fijar* la pureza y elegancia de la lengua castellana. . . . . Aquí en esta parte de América, poblada primeramente por españoles, todos sus habitantes nacionales «cultivan» la lengua heredada, pues en ella nos expresamos y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar á FIJAR su pureza y elegancia, por las influencias que experimentamos de la Europa entera etc.»

Ocúrrenos á nosotros, apesar del respeto que nos merece la opinion del sábio maestro, que habrá equivocado, quizás, él, como en alguna otra ocasión lo equivocó tambien nuestro estimado adversario Juan Cancio, el verdadero sentido de la palabra *fijar*,

empleado por la Academia, así en el artículo primero de sus estatutos, como en el lema *limpia fija y dá esplendor* que se registra al frente de su diccionario.

Apelando este último escritor al testimonio del sábio Littré, trae á colación un párrafo suyo que dice así:

« Sin hablar de las alteraciones y de las corrupciones que provienen de la negligencia de los hombres y del desconocimiento de las verdaderas formas ó de las verdaderas significaciones, debe convenirse en que es imposible que una lengua, cuando ha llegado á un punto cualquiera *permanezca en él* y SE FIJE»

Y, agrega, despues: « la mision de la Academia, es FIJAR; aunque, además, *limpie y de esplendor* —y por eso dije que la Academia era inutil.»

Nos parece que ámbos escritores han incurrido en el mismo error al interpretar la significación dada por la Academia á la palabra usada; susceptible de vário sentido, según sea el caso en que se la emplee.

Lo que el Señor Gutierrez y Littré entienden por *fijar* es *estancar, detener* el curso de la transformacion necesaria de una lengua. La Academia, por el contrario, al expresar en su lema y en el artículo citado de sus estatutos que su misión es *fijar*, limpiar y dar esplendor al idioma, se refiere, á todas luces, á la *propiedad, precisión* del mismo; de modo que *fi-*

*jar* está empleado en este caso por *precisar, establecer* lo verdadero, lo justo, lo razonable en materia de lenguaje; ó, si se prefiere, *fixar* las opiniones en las dudas que se presenten; *fixar* lo que, despues de consideradas tales dudas, haya de adoptarse.

El señor Gutierrez, alma de esa opinión que sostiene las ventajas de una lengua nacional distinta de la castellana, dice que, ya que en las calles de Buenos Aires resuenan los acentos de todos los dialectos inmigrantes que *cosmopolitizan* el oído argentino «y lo inhabilitan para intentar siquiera la *inamovilidad* (¿quien la intenta ?) de la lengua nacional en que se escriben sus numerosos periódicos, se dictan y discuten sus leyes y es vehículo para comunicarse unos con otros los *porteños*,» no es posible conservar la corrección de esa lengua.

Pero ¿y entónces,—nos preguntamos nosotros ¿porqué el Señor Gutierrez en sus admirables escritos no adopta ese dialecto cosmopolita que tan lójico le parece? Y, sobretodo ¿porqué promueve la enseñanza de la lengua en toda su pureza?

Esos cambios, que algunos dicen ser tan necesarios, no se producen, en general, sinó lenta y discretamente; sin duda por aquello que sostenia Humboldt cuando escribia á Abel Remusat manifestándole que no consideraba él á las formas gramaticales nuevas como fruto de los progresos que hace una nación

en el análisis del pensamiento, sinó como un resultado *de la manera como una nación CONSIDERA y TRATA su lengua.*

César Cantú en su historia Universal, al referirse á la transformación de las lenguas, observa lo siguiente: «Aún cuando en el progreso de la sociedad vemos que todas las artes se van perfeccionando, ninguna nueva perfección notamos introducida en las lenguas, y ninguna de ellas, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial.

Si se agrega á estas las declaraciones de Grimm, el sábio Grimm, que descubrió la *ley de permutación* que rige á los idiomas, al pasar éstos por sus transformaciones sucesivas, tendremos que, á semejanza de la lengua alemana que desde tiempos ya muy remotos, si bien habia adquirido, según él, nuevos y necesarios elementos, *estaba muy lejos de haberse perfeccionado*, la española, llegada ya á su apogeo, no se *perfeccionará*, sinó que se *corromperá* y decaerá, si las naciones que la poseen, según la expresión ya citada de Humboldt, «ni la *consideran buena* ni la *tratan bien.*»

\* \* \*

A punto ya de dar remate á este trabajito, recordaremos que, tratando en alguna otra ocasión la materia que nos ocupa, hemos recurrido, para apoyar nuestros argumentos, al testimonio de maestros y de

ilustres hablistas, cuyas doctrinas y asertos tan útiles serán en todo tiempo á quien se tome el trabajo de examinarlos.

Capmany, entre ellos, el erudito autor de la famosa *filosofía de la elocuencia*, nos dará ocasión en esta circunstancia, á reforzarlos con una cita importantísima tomada de su admirable libro:

«Si es vicio en un escritor cuerdo y grave—dice—la curiosidad de buscar, sin necesidad ni utilidad alguna, vocablos de las lenguas ricas, nobles y sabias (el griego y el latin) de cuyas raíces nació la nuestra, ¿qué nombre daremos á los que inventan otros extraordinarios y fuera de la común inteligencia y uso, por abrirse una nueva senda á su reputación? Y á los que por descuido, por desafecto á su propia lengua, ó por ignorancia de la gala y riqueza de ella adoptan de otras lo que, á *su parecer*, no les puede suministrar la suya?»

«Por ignorancia *van estrechando los dilatados términos de la lengua* castellana; de suerte que, según cunde este desorden, *ninguna será más pobre y escasa*, siendo de dos siglos á esta parte la más abundante y rica de todas las vivas. Las continuas lecturas de obras francesas desde la niñez, con el embeleso del estilo y la curiosidad de las materias, ha transformado á los lectores de aquella lengua, *sin darles lugar á distinguir la gracia en el decir* (que es lícito

asimilarse) *de la grandeza y energía del idioma* (que no hay derecho para olvidar.)»

«Así, cuando traducen, excusan nuestras dicciones puras, propias y elegantes y *aún las más usadas y comunes*, «por delicado gusto» dicen ellos; más yo digo que *por falta de estudio y conocimiento*. La mitad de la lengua castellana está enterrada. Si los hombres cuerdos y juicioso *que conocen el valor ilustre de nuestra lengua* no se esmeran en reparar este daño, vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio.» Hasta aquí Capmany.

«¡No es enriquecer la lengua—decía ya hace varios siglos el gran Lope de Vega—dejar lo que ella tiene propio por lo extranjero, sinó despreciar la propia mujer por la manceba hermosa!»

A esos pordioseros de nuestro idioma, tan pobres en recursos que viven mendigando de los ajenos las voces y giros que necesitan, porque no les hallan, según dicen, en el suyo, podría aplicárseles, además, la siguiente finísima sátira de Don Ramon de Campoamor:

«No es gracia el aprender á usar trescientas palabras, *vocabulario el más extenso de ciertos seres racionales*, cuando aprenden treinta, por lo ménos, los tordos, las urracas y los loros....»

Para terminar añadiremos que una de las causas principales de la corrupción de nuestra lengua es la

peste de malas traducciones que nos infesta. So pretexto de ensanchar nuestros conocimientos en las materias del saber humano que han sido tratadas con superioridad por autores extranjeros, no nos es lícito engolfarnos en la lectura de las pésimas versiones que de tales obras existen en los estantes de poco escrupulosos editores. Más nos valdria en tal caso, aprender varias lenguas, sobretodo si las aprendemos bien. Por lo general, los Americanos, somos políglotas, al reves de los Franceses, por ejemplo, quienes, según la experiencia lo demuestra, tienen poquísima afición al estudio de las lenguas vivas. «Hay hebraizantes — dice tratando este punto Juan Montalvo (1)—Hay latinos, helenistas y orientalistas en la Sorbona; pero vamos á ver ¿cuántos son los escritores que pueden leer cualquier lengua, como sucede con los literatos de las demás naciones?» «¿Nosotros mismos—agrega—nosotros los bárbaros del Nuevo Mundo leemos á los autores ingleses, en inglés; á los italianos, en italiano. Cuanto á la lengua francesa, la juzgamos cosa propia, la hablamos, la leemos y hasta la escribimos.»—Y, sin embargo, observaremos aquí, en mucha estima deben de tener los franceses el que se hable en verdadero francés en Francia, en verdadero español en España y América; en verdadero inglés en Inglaterra, los

---

(1) «El Espectador»—un volumen—Paris 1886—pág. 158.

Estados Unidos y Australia, cuando Víctor Hugo asegura en alguna de sus magistrales composiciones dantescas, que la lengua que se habla en el infierno es «un compuesto del latín con el español y el italiano», esa, en fin, que, según algunos, hemos de hablar aquí con el tiempo....

Como prueba de lo poco que conocen los franceses la literatura de nuestra lengua, apunta el mismo Montalvo, entre otras muchas circunstancias dignas de tomarse en cuenta para que pueda llegarse á hacer tal aseveración, la muy chistosa de haber un famoso escritor parisiense (Charles Monselet) citado á Rocinante.... entre las *yeguas* célebres!....

«¡Yo habría querido, concluye, el literato ecuatoriano que Monselet hubiese llamado *yegua* á Rocinante en presencia de Don Quijote para haber visto á este buen caballero vengar, yéndosele encima, tamaña supercheria!....»

---



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- Páginas de mi diario de campaña*, recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico, 1886 1 vol.
- De Castilla á Andalucía*, 1887.....,..... 1 «
- Huincahuat* narración araucana, 1888..... 1 »
- Don Manuel DORREGO* ensayo histórico sobre sus hechos en Chile, 1889..... **1/1**

